

VIEJAS POSTALES DESCOLORIDAS

# SIETE GOBIERNOS Y PICO

**T**REINTA y cinco años de la República de Cuba encuéntranse vivos y latentes, con todos sus detalles pintorescos y políticos, en el archivo de obras cómicas y líricas del teatro Alhambra; por lo menos, halláramos allí la historia de "siete gobiernos y pico", acotada en las páginas de las producciones más aplaudidas de aquel género, revistas de actualidad, sainetes, zarzuelas, pasillos cómicos y entremeses, cuyos asuntos se inspiraron en los acontecimientos de la actualidad entonces palpitante. Así pues, cada uno de esos períodos gubernativos se caracteriza por una o varias obras teatrales que alcanzaron el mejor y más justificado éxito: de tal modo, en fin, han respondido a la actualidad del momento, y se han adaptado a los ideales e inclinaciones políticas o sociales de la multitud, que, cuando pasado aquel período que les dió vida, se han reprisado y vuelto a figurar de nuevo en los carteles—ya en otro ambiente distinto—han parecido sin alma, sin mérito, completamente anodinas; y hasta llega a hacérsenos incomprensible el éxito, algunas veces clamoroso, que en su oportunidad obtuvieron. De aquí que el autor de "circunstancias" no llegue a tener nunca, a pesar de su producción copiosa, un repertorio viable y duradero; y que en cambio, los que no han explotado el "asunto del momento", cuenten con un rincón confortable, por mucho tiempo, en los carteles del género vernáculo.

La primera intervención americana—1899-1902—dió vida a las obras "Los Yanquis en la Luna", "La Desinfección", "El Castillo de Atarés", sainete copia de las pintorescas escenas que se desarrollaban en la primera corte correccional que funcionó en La Habana, bajo la férula de Mr. Pitcher—el del "ten days or ten dollars"—, "El Alcantarillado", donde se comentaba la concesión hecha a la empresa del Jai-Alai por Mr. Wood, quien aparecía en escena caracterizado por Regino López, practicando con la cesta correspondiente el simpático juego éuscaro; ejercicio que el general americano hacía todas las mañanas en la cancha del primer frontón que se levantó en la calle de Concordia.

Esta primera intervención americana fué una época de extraordinaria placidez, tanto para el país, como para el teatro cubano. Todo eran planes, gratas ilusiones, risueñas esperanzas, y bajo esos auspicios se desarrollaban los días, hasta que en uno de ellos, y de improviso, el Presidente de los Estados Unidos, Mr. Theodore Roosevelt—"el amigo Tedy"—hizo público su deseo de que en Cuba se celebraran elecciones generales para la erección de Presidente y establecimiento de la soñada República; y con las luchas de palmistas y masoístas empezaron a columbrarse los primeros chispazos, que en lo futuro habrían de convertirse en abierros y rudos combates fratricidas...

Elegido Presidente don Tomás Estrada Palma, se inició el primer Gobierno constitucional; estableciéndose apenas pasada "la luna de miel de la República"—que duró lo más un año, como duran todas las lunas de miel de cualquier clase—estableciéndose, decíamos, después, aquella tenaz lucha de poderes entre el Ejecutivo y el Legislativo, que puso de manifiesto el poco arraigo de que a pesar de toda su honradez y ecuanimidad gubernativa, gozaba nuestro primer Presidente entre los elementos políticos que dominaban la situación; y de ahí la obra "La Rumba de los Dioses", cuyo rotundo éxito no habrán olvidado seguramente nuestros amigos de aquel entonces. Estrada Palma prescindió de la Cámara; y puesto que ella le volvía la espalda, se vió obligado a gobernar por decreto; y planteado por sus amigos el problema de la reelección, causó ésta en el país el mayor desagrado, viéndose obligada la empresa de Alhambra a retirar de sus carteles la obra "El Viaje de Papá", que apoyaba aquella reelección, a instancias del propio Gobierno, que "ya veía el fracaso de su propósito; a no ser que lo impusiera *manu militari*, como desgraciadamente lo hizo al cabo, con el resultado desfavorable que todos conocemos. Gabinete de combate; Freyre de An-

DOCUMENTAL



drade en Gobernación; los "paquetes de velas"—milicianos—Quivicán; Wajay; segunda intervención; Gobierno de Taft; proconsulado de Magoon y reflejo de todo ello la obra "Las Desventuras de Liborio", otro éxito de Alhambra; y otro oportuno comentario a los asuntos de Cuba: el público empezó a darse cuenta de que encontraba en nuestro teatro un lenitivo a sus penas, y algunas veces, hasta la orientación de su política futura.

El furor guerrero, que en no pocos despertaron aquellos combates extramuros, y el inmoderado afán por los vistosos uniformes militares, enriquecidos de frívolas condecoraciones, vistosas bandas y áureas y pomposas charreteras, que prendió en alguno de aquellos héroes de platanal, inspiró a los hermanos Robreño su aplaudida sátira política "Napoleón", que durante infinitas noches, como se sabe, animó los carteles de aquel teatro. El Gobierno liberal y rumboso de José Miguel fué fértil en producciones alhambrescas; si se releyesen hoy las obras que durante él se estrenaron, veríase retratado fielmente en ellas el periodo exaltado, y de marcado "sabor bursátil", que informó el Gobierno miguelista: "El Gallo y el Arado", "El Bajá se Divierte", "El Centenario de Cuba", "El Divorcio en la India", "Maniobras Militares", "El Dragado", etc., etc.

¿Quién no recuerda la ruidosa alegría que corrió de punta a cabo de la isla con motivo de la campaña para Presidente, del general Mario G. Menocal? Asbert, la Conjunción, "La Casita Criolla", cien noches seguidas a teatro lleno, en el de Tacón, en donde se daba comienzo a los primeros derribos para construir el nuevo teatro, que tras laboriosa discusión se convino en llamarle en definitiva Teatro Nacional. Esta temporada marcó una fecha de oro en los anales de Alhambra: el debut, en "Regino por la Isla", del artista que estaba llamado a ser el nunca igualado *negrito* de nuestro género vernáculo: Sergio Acebal. El periodo menocalista alcanzó los dos extremos de la escala: el río de oro del vértigo azucarero, y la quiebra y moratoria de los bancos, estereotipados en las obras "La Danza de los Millones" y "Los Millones de la Danza". Los revendedores vendían las lunetas en esas temporadas a ochenta centavos, un peso y uno cincuenta, y en las famosas temporadas de Payret y el Nacional no cobraban menos de dos pesos, y dos y medio con "Las

Joyas de la Marquesa", "La Alegría de la Vida", "El Rico Hacendado", "El Delirio de Automóvil" y otras. Con la revolución de febrero, motivada por la reelección de Menocal, se debilitaron las entradas—las del teatro, y las de la Aduana—pero Caicaje levantó en cierto modo los ánimos; y volvió la isla a recobrar su normalidad acostumbrada. La guerra mundial dió motivo a "Aliados y Alemanes"—cuatro, cinco meses de llenos sin tregua—siguiéndole en éxito "El Patria en España", donde llegaron a la más alta cumbre de lo cómico los artistas Acebal, Pancho Bas, Mariano Fernández, Eloisa Trias, Luz Gil y la Becerra, la inolvidable negrita del Senegal... El éxito de "Cuba en la Guerra" dió motivo al banquete

con que fué honrado su autor en el hotel Telégrafo, el día 17 de mayo de 1917.

Alfredo Zayas inauguró su periodo presidencial con la desconfianza del país, resintiéndose con ello todos los negocios—"La Revolución China", "La República Griega", "Los Perros Comediantes", "La Tierra de la Rumba"—pero su indiscutible talento, sus dotes de acertado gobernante, y su nunca desmentido amor a las libertades públicas, le fueron allanando el camino; y proporcionándole éxitos verdaderamente notables. Cuba guardará siempre un grato recuerdo de la presidencia del doctor Zayas. El conato de revolución veteránica de Cienfuegos—en el que jugó papel de importancia el coronel Laredo Bruns—sembró un poco de miedo y de abstención en el público; pero el oportuno estreno de "La Isla de las Cotorras" puso otra vez en alto la estrella alhambresca, entrando los chorros de oro por aquellas taquillas, como, abiertas las represas, corre el agua, desbordada y vivificadora, por las sedientas llanuras: veinte y seis mil pesos líquidos, en poco más de tres meses, rindió a la empresa de Alhambra "La Isla de las Cotorras".

Y subió Machado: la época para Alhambra del "Lobo II", "La Toma de Alhucemas", "La Caída de Abd-el-Krim" y "Los Grandes de Cuba", obra ésta en la que se hacía desfilar los que lo fueron, para ejemplo de los que no querían serlo. El fantástico plan de obras públicas—uno de cuyos números consistía en ponerle a la farola del Morro una corona de diamantes—y el necesario empréstito de miles de millones para llevarlo a cabo, encendieron los ánimos en esperanzas sin límites; pero luego, como dicen en los Madriles, "vino la tía Javiera con la reba-

a boytatcos en  
ba blyncrbtes  
omalte es jat  
jos Eopelnuu  
obaa jaa lett  
e' jo wjamo ad  
jjwmgos' ae  
bela jaa Ely-  
omtto cease de  
ruston e ma-  
e sabititl de  
de pnyocstyt  
wntengo de ja  
omtoles cny-  
oles cnywos  
plawtlos Ro-  
frenstontatg  
on blyelente  
ja a resntos  
ones democla-  
vel en ja con-  
yade en lu ea-  
tante celta  
tete e an ol-  
clitnta' no  
ncege e jwbo-  
tengo boi es-  
xton de exta-  
ctles jncras  
llyabtydmen-  
sabtptes jos  
oso lenicltjo  
XINIMONHOS  
DOCUMENTAL  
OFICINA DEL HISTORIADOR

Benelaj' ut  
mogtlyz. wj  
en' A no bl  
ges se ojar  
Ejones A ey  
8'-kesberamos  
clste de ja  
Rou ana leal  
clndos de I  
A'-kednaltmos  
qnyal jntez  
becaton de  
cnyabtyd e  
co' como pa  
pnyocstyt  
e'-jntwmos de  
nos A en col  
Elyabtyd e  
2'-blyocstymos  
pnyocstyt  
bosgetwtyd  
del Eafedo j  
lyrcne A lal  
4'-kesberamos B  
jrcne A e co  
ctwcty de I  
blynt de cl  
jnyabtyd  
Elyabtyd  
eoto en ja b  
ne woplo ja  
te' det eler  
3'-blyocstymos  
fencly de m  
emwctybdor  
te' como ja  
blyncrbtes  
5'-zowgenemos  
de blyocstyo  
wabtlyscyon  
ses an cltlyclo boytatcos' llyntwos  
aj wjamo blyeden lenitl jos cnywos de plawt woyntatd' no jwboitg clat



IV UNIV OKVAMIZVDORV BKOLIZIONVT

ja"; y si es cierto que corrió el oro como un caudaloso río, también es verdad que tomó otro cauce que el del sufrido pueblo cubano, al que sólo le tocó pagar los platos que se rompieron en el opiparo banquete de los escogidos; sufrir las consecuencias y tascar la dura miseria que se derivó de la restricción de la zafra y otras "restricciones". Empezó a hacer agua la nave alhambresca por una pequeña vía, a la que no se le dió importancia; pero que fué creciendo, sin embargo, hasta ponernos a todos en peligro. La normalidad sentó sus reales; y empezó una vida precaria para todos, sucediéndose los hechos de sangre e imponiéndose una férrea censura que impedía toda manifestación política o antigubernamental en la Prensa, la tribuna y el teatro. Imposibilitada de ofrecer a su público aquellas revistas de actualidad que tanto agradaban, se vió la empresa de Alhambra obligada a un género anodino, destacándose de tarde en tarde alguna producción de mérito e interés relativos, como "Los Siete Colores", "Las Bodas de Plata" y "La Habana Futura", obra esta en que se elogiaba con justicia la administración municipal del que fué después, en 1936, electo Presidente de la República, el doctor Miguel Mariano Gómez. La huelga general, la masacre del siete de agosto, la caída del 12, y como desenlace, el negro avión que cruzó a las once de la mañana por encima

de la ciudad, rumbo a Nassau, llevando a su bordo los autores de la obra que en aquel momento silbaban cuatro millones de espectadores, a lo largo de toda la isla...

Y eso fueron los siete gobiernos que llenaron el esplendoroso ciclo alhambresco: el "pico" cubramoslo con Céspedes; con el doctor Grau; con sus cinco amigos; con Mendieta... un chistoso del género vernáculo diría que nuestra estabilidad nacional hallábase en ese último tramo, "en el pico del aura". De entonces son las obras "El Año Rojo" y "La Intervención Cubana", obra que al presente, con la visita del coronel Batista a los E. U., hubiera adquirido actualidad inusitada; esta vez, como otras anteriores, el genio alhambresco presintió muchos acontecimientos políticos que más adelante se confirmaron.

Al citar, entre las obras estrenadas durante el período machadista, la titulada "Los Siete Colores", hubiéramos querido dete-

nernos para rendirle justicia al que fué secretario de Obras Públicas en aquel periodo, el doctor Carlos Miguel de Céspedes; pero no lo hicimos para no darle mayor extensión a este trabajo. Séanos, no obstante, permitido, antes de poner fin a esta vieja postal descolorida, traer a colación un hecho de los varios que contribuyeron a la completa renovación de la antigua Habana: nos referimos al desplazamiento de aquellos quloscos que, según los interesados proyectistas de entonces, la afeaban; y que, según los enamorados de la tradición, le comunicaban, por el contrario, un aire tan interesante como pintoresco. No pocos de ellos les infundían gran animación a las plazas públicas y estratégicas esquinas en que se levantaban, sirviéndole, además, de refugio al transeúnte perseguido por autos, camiones, tranvías y omnibus; y de oasis donde refrescar y descansar unos minutos. Además, no eran un atentado al ornato, como se dijo, para justificar la arbitraria e injustificada disposición dictada a rajatabla. Se recuerdan los que se levantaban en la Plaza del Muelle de Luz; en la Plaza de Armas, frente a Palacio; en la explanada de la Lonja; en una de las esquinas del Parque Central; y cien más en Toyo, la Punta, salidas de los Muelles, estaciones de Villanueva y Concha; y sobre todos, el muy amplio que se erguía al comienzo del Paseo de Isabel la Católica, arrancando de San José, frente a la cerca de Villanueva; y que los soldados de la primera intervención americana escogieron en 1899 para establecer en él una estafeta de correos, cuando ocuparon aquel paseo con sus pintorescas tiendas de lona y demás artefactos y enseres militares, cocinas, hornos de pan, imprenta de mano, etc., etc., convirtiendo aquel sitio en uno de los más concurridos de La Habana.

La población circulaba día y noche por las aceras que se extendían a ambos lados del paseo, entreviendo un mundo nuevo de orden, de disciplina y de sanidad, que no tardaría en hacer sentir su influencia, cambiando el aspecto de la antigua urbe colonial, necesitada de tantas mejoras: un pintor bohemio de apellido Puente, antiguo pensionado a Roma por la Diputación Provincial de La Habana, y entonces dibujante a ratos en el popular semanario "La Caricatura", compañero de Galindo, Torriente y Escámez, que

los volutivos en  
vovs blustivos  
stonelra es jaf  
of jos vovoluun  
rodes jre lejt-

nte' jo jramo se  
se jramagos' se  
on balye jos vly-

vagltro daseo de  
vengston e jre-  
ese vavtltm de  
enre pntocst-  
vavmteno de jv

de vltroes vprv-  
vovos vprvovs'

os vltroes vov-  
vragenavovvav'  
vov vltroes vov-  
vltre a vesvovs'

vovov vovovv-  
vltre en jv vov-  
vltre en jv vov-  
v vltre vltre  
vltre v an vlt-  
jv vltre vltre vov  
vovov v vovov-  
vltre vov vov

vltre de vltre-  
vltre vltre  
vovvovvovvovv-  
v vltre vov

vovov vovovvov

DOCUMENTAL



IV UNIVY OBGVIZVDOKA PBOVIZIONVT'

estaban en el "grito", copió en un cuadro al óleo, bastante aceptable, aquel pintoresco campamento de soldados americanos, que debió adquirirse por el Ayuntamiento o por alguien como un importante recuerdo histórico; y que seguramente fué "arrasado" y convertido en polvo, cuando la sanidad intervencionista ordenó la drástica recogida de los trastos y tarcos viejos que se amontonaban en la mayoría de las casas.

Era digna de observarse la vida que se desarrollaba en el interior de aquel amplio rectángulo del Paseo de Isabel la Católica; diríase que tenía uno ante los ojos un pequeño pueblo de los Estados Unidos, con su farmacia; su librería, sus pequeños stores de ropa blanca; su imprenta de pie en que se tiraba un boletín todas las mañanas conteniendo noticias del Estado Mayor del Ejército de ocupación y se repartía entre los soldados: no había tienda de campaña que no contase con su fonógrafo, su teléfono, su cocina portátil, su nevera; y descansando, ya en sus repisas, ya colgadas por un cordón prendido a la lona, veíanse cuadros y fotografías familiares. Los soldados, unos escribían sus cartas; otros limpiaban sus armas; éstos cantaban y bailaban al son de banjos y acordeones; aquéllos sacaban olorosas barras de panes de los hornos portátiles, repartiéndolos muy a menudo entre los menesterosos y la chiquillería que por allí pululaban...

Existía un quiosco, como recordará el lector, en la esquina de Carlos III y Belascoain, que casi obstruccionaba la línea del tranvía eléctrico, y de cuya empresa esperaba obtener el propietario una fuerte suma, para retirarse, a fin de que la línea pudiera abrirse en una curva más amplia y cómoda. Durante algún tiempo se sostuvo, entre la dicha empresa y el testarudo quiosquista, una fuerte puja que daba pábulo a las habillitas de las gentes: que aquél pedía tanto y más cuanto y que la empresa no daba más que tanto; que el galaico cedía; que el galaico no cedía; que se rendía la empresa; que no se rendía; y ya se bañaba el cantinero en una soñada lluvia de oro, cuando llegó Carlos Miguel con los carros, los motores y los cilindros de Obras Públicas, y lo desalojó de allí sin más explicaciones y entre la rechifla y el choteo de los que contemplaban el espectáculo y conocían el asunto. La avaricia rompe el saco.

Con ese motivo, en la revista "Los Siete Colores", libro del postalista, música del maestro Anckermann, estrenada en Alhambra en febrero de 1926, se desarrollaba en uno de sus cuadros la siguiente escena que reproducimos del libreto, interpretando el guardia Regino López; y el galaico dueño del quiosco, el aplaudido actor del género Arnaldo Sevilla.

*A la izquierda se ve un trasto representando un quiosco de los más deteriorados y sucios. Tras el hueco o ventana del despacho, vese al gallego quiosquero de gorra, chaleco y bigotudo: por derecha hace salida el guardia.*

GUARDIA.—Bueno, paisano; lo siento mucho y tienes mucha razón; pero tengo orden de arrasararte con el cilindro de O. P.

QUIOSQUERO.—Paisano, es que arrancarme a mí el quiosco, es como arrancarme el corazón.

GUARDIA.—Así y todo, empieza a desarmarlo, y llévate los fosos.

QUIOSQUERO.—Pa la fosa dirás tú.

GUARDIA.—Pa donde sea, Pa-chín, ¡palante con la hojalata!

QUIOSQUERO.—Te obedeceré porque no me queda más remedio; pero déjame antes despedirme de él, recitándole la "Elegía del Quiosco".

GUARDIA.—Es para lo único que sirve: pa echarlo en la leija.

QUIOSQUERO (*recitando dramático cómico con desplantes y suspiros del caso*):

ELEGIA DEL QUIOSCO

*Estos, Fabio, ¡ay, dolor!, que ves ahora queoscos de hoja de lata ferrumbrosos, fueron un tiempo oasis delectosos, llenos de gente alegre y bullidora.*

*Aquí los máscavidrios callejeros metieron las grandes guarapetas; y aquí se daban cita los rifeiros, soteners, carteristas y cuquetas.*

*Firme como la iglesia de Toledo, el tiempo en su correr los respetó; pero Carlos Mijel levantó el dedo, y el cilindro de O. P. los arrolló...*

*Trono, hogar, almacén, cocina y cuna, todo lo fué este queosco que hoy me*

*(apena; pedestal de mi suerte y mi fortuna; y ventana de amor con mi morena.*

*Pero todo fenece por igual, y se acaban al fin las alegrías; acabáronse Zás y Menocal como queoscos también de purquerías.*

*Y lo mismo caerán con suerte ingrata los queoscos que pretendan imitarlos; "el uso ha de abollarles la hojalata; y el cilindro del tiempo ha de arrastrarlos..."*

BOVITCOA EN  
A BIVUCIBTOS  
SULTA ES JUT-  
JOS KOPALVU-  
DUA JAS LOTT-

JO MAME SE  
JUMAGOS' SE-  
BALS JOS RLQ-

TRTO GASEO DE  
SCTON E TUS-  
E SABILITN DE  
E PULOCLETT-  
TIENTO DE JA

PROLES SPRU-  
LES SPRUOS'

UNCAFLOS KQ-  
GENOTONTAG'  
U BLECELENTE  
A A FACHTES'

UNA DEMOBLE-  
EL EN JA CON-  
SDE EN NI EA-  
RENTE GALLE  
TELE A AN OL-  
GUTRILE' NO  
SCODE E JMO-  
TANTE BOL EA-

STON DE AXTE-  
ETLES JUPRES  
AMBTDGOMEN-  
GIDRRES JOS

DOCUMENTAL



*¡Pachín: tu comedero ha finicato; un méndigo tal vez serás en breve; cede al progreso; ríndete al ornato; y que Carlos Mijel te sea leve!... ¡Ay!*

*(Se seca una lágrima con el índice y la arroja al suelo como el que se sacude el sudor. El dron imita la caída de ella con un bombazo).*

**GUARDIA** (llorando cómico).— Me has resblandecido las telarañas del sentimiento, Pachín. Pero nun puedo prevaricar... Bien de ciruelones me tenjo larjado en este quosco... Pero el deber es lo primero (*cesa de llorar*) y cualesquiera se enfrenta con ese Gerardito cascarrabia... ¡Fuera el quosco!

Los que asistieron a las representaciones del teatro Alhambra, desde su primera, hasta su última noche, puede decirse que conocen al dedillo y de manera anecdótica nuestra historia constitucional republicana; y cada un estreno de aquellas obras ha de traerles, además, a la memoria, casos y fechas de su vida personal e íntima. Conocemos viejos y asiduos favorecedores de aquel teatro, que para designar o recordar una fecha determinada de su vida, o la de algún acontecimiento importante de la República, acaecido durante el período de aquellos "siete gobiernos y pico", acuden a su memoria; y por la fecha de algunos de aquellos estrenos, sacan en consecuencia el tiempo en que tuvieron lugar dichos sucesos, o los años que han transcurrido desde entonces. A muchas personas que durante un largo período de su

vida habían mantenido, por falsas o maliciosas referencias, un criterio poco recomendable sobre el "picaresco" teatro de la calle de Consulado, cuando un día, por una casualidad cualquiera, llegaron a conocerlo, ya en las postrimerias de sus años, tuvimos la satisfacción de oírles decir con el mayor desconsuelo:

—¡Ah!, ¿pero era así?... Pues lamento no haberlo sabido antes.

Y también a muchas damas de nuestra mejor sociedad, que acudían a nuestras funciones de Tación, Payret o el Nacional, les hemos oído referir estremecidas de emoción sincera:

—"Napoleón" me recuerda cuando se me declaró el que es hoy mi esposo...

—Yo me acuerdo de "La Casita Criolla", porque fué cuando me casé...

—Yo no pude ver "El Rico Hacendado" en Payret; porque acababa de dar a luz mi primer hijo...

El cortejo, el matrimonio, la descendencia: toda una vida, jalonada por las populares obras del teatro Alhambra.

Jamás tuvo aquella empresa el menor rozamiento con ninguno de aquellos "siete gobiernos y pico"; ni a ninguno le buscó tampoco conflictos de ninguna clase. De todos recibió las mayores pruebas de consideración y de afecto. Ellos sabían que al cabo darían por terminada su misión; y que al irse ellos, la Alhambra se quedaba. Eran como dos instituciones que se guardaban mutuo respeto. La Alhambra vino a la vida el año 1900, dos años antes que la República, que lo hizo el 1902; y cuando ésta cayó en 1933, justo era que aquélla continuase su vida hasta 1935, siempre a cuesta con los dos años que le llevaba de ventaja. Lo que vino después del 35, y cuando ya Alhambra había cerrado sus puertas: "Un altri cantarà con mellior plectro".

*Handwritten signature and notes in cursive script.*

